

7-

Mamá le explicaba a Monín:
- Papá nació en Barcelona, tú en París y yo en Sevilla...
- ¡Pues es raro que nos hayamos encontrado los tres! - objeto Monín.

LES PANTOUFLES

(Conclusión)
La veille de la fête, le cœur battant, il ouvre la boîte et se met en devoir de compter son trésor. Hélas! Tant de peines, d'heures passées au froid, n'ont apporté qu'une faible récompense: soixante-quinze francs. François est atterré. Tout ce mal pour un si pauvre résultat! L'argent dans sa poche, il marche à pas lourds vers la boutique de M. Blum, la tête basse, en proie à d'amères réflexions.

Tout! Son pied a heurté quelque chose. Il se penche et voit un porte-monnaie, il l'ouvre, quatre billets de cent francs et quelques pièces qui glissent dans sa main. François est ébahi. De l'argent! Beaucoup d'argent! De quoi acheter les pantoufles et beaucoup d'autres cadeaux pour sa maman. Mais aussitôt son front s'assombrit. Un tel acte serait malhonnête. Il lit une adresse sur la carte d'alimentation: rue Saint-Nicolas... A deux pas d'ici...

— Bonjour, madame, je vous rapporte ce porte-monnaie que vous aviez dit perdre tout à l'heure.

— Oh! merci. Je pensais ne jamais le retrouver. Tu es un brave petit garçon. Tiens, voici pour ta récompense.

— Et François, ravi, empoche un beau billet de vingt francs. Il est si heureux qu'il ne peut que balbutier un vague « merci madame » et s'enfuit en courant. Quatre-vingt-quinze francs! Il a quatre-vingt-quinze francs! Peut-être M. Blum acceptera-t-il de lui céder les pantoufles à ce prix. M. Blum? Le petit garçon est un peu inquiet d'avoir à affronter une fois encore ce vieux fou. Mais tant pis! Voici la boutique. Les pantoufles étaient toujours leur insolente splendeur dans la vitrine. Il s'arme de courage et pénètre dans le magasin, les joues rouges. La voix aigre de l'antiquaire le cloue devant la porte.

— Que me voulez-vous encore? François débute brutalement sans reprendre son souffle: — Je viens chercher les pantoufles. J'ai l'argent!

— Et il avait si longtemps que j'en avais envie, je n'ai pu résister à la tentation de les acheter. Et toi? Tu m'as fait un cadeau, toi?

— Non, maman.

— Pourtant, tu m'avais dit...

— J'ai menti, maman. Je ne t'ai rien acheté.

François fait de très gros efforts pour ne pas fondre en larmes. — C'est très vilain de mentir, François... Et la maman n'a jamais su que pendant toute la nuit, son petit garçon a pleuré longuement, silencieusement, en serrant contre lui les pantoufles qui portaient le chagrin aux cieux... Jacques PARIS.

EL RAPOSO...

Un triste raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en Campo-santo.
Un lobo le dijo:
«Hola, buen hermano,
Dígs, ¿en qué refriega
Quedó tan lastoso?»
«Ay de mí, responde;
Un maldito rastro
Me llevo a una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una perra,
Salí con trabajo.
Después de algún tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma



LAS AVENTURAS DE NONO

EL JUICIO

(Continuación)
Otros soldados como los que habían conducido al acusado se hallaban diseminados por los cuatro ángulos de la sala.

Se hizo entrar al prisionero en una especie de compartimento instalado a uno de los lados de la sala; enfrente de él había otro donde estaban doce monederos monadinos, presentando una colección de tipos: paco, buitre, cuervo, etcétera.

En el fondo, sobre un estrado, había una especie de mostrador, con una a modo de tribuna a la derecha, cerca del sitio que ocupaban los notables monadinos.

En último término había otros monadinos pertenecientes a la aristocracia. La variedad de tipos era tan numerosa que por un momento Nono creyó hallarse en el Jardín de Plantas.

La primera mitad de la sala estaba guarnecida de una variedad de monadinos con costiduras negras; todos tenían cara de catas o papagayos.

El resto de la sala, separado por una balustrada, estaba llena de monadinos, de las clases miserables, y allí dominaba la semejanza con bueyes, borregos y borricos.

En otra especie de tribuna, cerca de Nono, había un individuo de la misma especie que el chacal que le interrogó anteriormente.

«Cuando Nono fue colocado en el estrado, una especie de coro gritó con voz cascada: ¡El Tribunal!

Y aparecieron en el estrado cuatro señores, tres de ellos con ropa negra y el cuarto rojo, y llevaban cuadrado con anchos galones de oro.

El rojo, parecido a un buey, se sentó en la tribuna situada cerca de los notables; los tres negros, con caras de monederos lechuzas y aguiluchos, se sentaron detrás de lo que Nono tomó por una especie de mostrador.

El tipo que parecía un escarabajo pelotero se levantó con un puñado de papeles en la mano, y comenzó la lectura del acta de acusación contra Nono.

En seguida, el que ocupaba el centro del mostrador, procedió al interrogatorio del acusado, amenazándolo con las penas más severas si se mostraba tan irrespetuoso como lo había sido en la instrucción.

Nono quedó consternado. ¿Cómo se le acusaba de irrespetuoso cuando no hizo más que responder sencillamente como pensaba?

Después de la consignación del estado civil del acusado, le preguntó el presidente:

«¿Reconoce usted haber hablado delante de varios agroracistas de un país llamado Antonimia, donde, según usted, los frutos de la tierra son comunes a todos, donde no hay leyes, ni prebostes, ni gendarmes y donde cada uno es libre de vivir como mejor le parece?»

—Sí, señor; puesto que allí estaba yo, cuando fui sustraído por ese embustero Monadino para traerme a este mal país donde sólo he experimentado revacas y miseria.

—Señores notables, ya oyes ustedes con qué cinismo declara su crimen el acusado... ¿cuánto el hombre rojo haciendo su plico... Y además se hace culpable del crimen de lesa majestad.

—Reconoce usted... continuó el

(Conclusión)
él la operación de substraerle el rojo lejano, se puso a jugar con el muchacho sobre la cama, con una caja de fieras de plomo que tenía las siguientes piezas:

- 1 elefante
 - 2 osos
 - 3 tigres
 - 4 leones
 - 5 jabalíes
 - 6 avestruces
 - 7 cisnes
 - 8 panteras
 - 9 cebras y
 - 10 monos.
- Y cuando el médico sintió que su propio temperamento era ya exactamente igual que el de un niño, se pinchó rápidamente con la jeringuilla, se sacó bastante sangre, que resultaba casi casi

El papá de Kiko le decía a éste:
- No le hagas muecas a ese bulldog.
- Papá, pero si es el quien ha empujado.

Hermano Jumento

El miécoles hizo el padrino la pregunta de siempre, cuando sus ahijaditos llegaron del colegio:

—¿Qué queréis que os pinte hoy?

—¡Un burro, un burro!—gritaron Botón y Azulita.

Cogió el padrino un papel y un lápiz, y mientras lo iba pintando les dijo así:

—La fórmula para pintar un asno es la siguiente:

Dos orejas grandes, un rabito chico, flequillo en la frente... y ya está el borrico.

Ya veis que la explicación me ha salido en verso. ¿Cómo no me va salir una poesía, si un borriquito es, casi, casi, el animalito más dulce y más bondadoso del mundo?

Este mismo que yo he pintado, y que al principio de su juventud no fué muy bueno, es, sin embargo, una prueba de que tengo razón.

Perteneció a Esteban, que era un simpático chiquillo de diez años, y se llamaba Platero, porque su abito había leído un libro precioso en el que un borriquito se llamaba también así.

El pequeño Esteban era hijo de cierto señor López que, viendo una vez al niño bastante malito, le regaló el jumento como si fuera un juguete, para que el enfermo pusiera cara de alegría. Y lo consiguió.

El chico, cuando por orden del médico seguía aún en la cama, hacía que el borrico entrara hasta en su dormitorio. Se le sentían las patitas menudas venir por los baldosines del largo pasillo. Y ya en la alcoba del niño, éste le preparaba paja y cebada en la caja de cartón de los juguetes, o le dejaba que se durmiera en la alfombra, a los pies de la cama, cerrándole sus enormes y brillantes ojos negros.

Otras veces, el señor López ponía de pie los bolos de juguete por deseo de su hijo, y Platero los iba tirando todos, empujando las bolas con su hocico sonrosado y blando.

Por fin se puso Esteban completamente bueno pero para aquellos días, habían tomado en su casa demasiado cariño a Platero, y dejaban al asno que entrara a comer al comedor. Bien es verdad que comía con mucha limpieza y sin hacer casi ruidos con la boca al masticar los granos.

El niño, cuando volvió a estar tan sano como un melón y tan fuerte como un balón de reglamento, volvió también a ser un

buen chico, obediente y juguetón a la vez. Iba al colegio, regresaba, se ponía a jugar con Platero, y así eran felices; pero felices gracias a la bondad de Esteban, que ni montaba en el asno, ni le cargaba con nada, ni le hacía tirar de carro alguno, porque es el caso que una vez que le aló a una estera para que pasara al muchacho por los caminos del jardín, el burro volvió la cabeza, asomó unos dientes cuadrados, grandes, exactos y blanquinosos, mordió la soga hasta romperla y salió corriendo, muy contento porque había burlado al compañero.

La verdad es que aquel jumento era bastante perezoso y un caprichoso terrible. No le gustaban todas las frutas, ni aunque viera el buen ejemplo del niño, que no era flojo para comer, no bebía en los arroyos, cosa que Esteban no tenía inconveniente en hacer, aunque saliera echando gotas de agua por la punta de la nariz; en fin, hasta le daba rabia cuando jugaban al torito dao y le tocaba quedarse a él.

Pero voy a contaros un pintoresco detalle de su maleja educación. A veces se ponía a jugar con las golondrinas, persiguiéndolas en su vuelo torcidísimo; él trotaba entusiasmado por las praderas, y con esas cosas se le pasaba el tiempo y llegaba al comedor cuando Esteban y sus padres habían empezado a comer... Entonces no le podían reprender con voces, porque, si lo hacían, agachaba la cabeza malhumorada, metía el morro entre las patas delanteras silenciosamente y se iba a la cuadra pegando tumbos de disgusto por las paredes del pasillo. Y allí se acostaba sin comer.

No se puede negar que con eso resultó demasiado caprichoso y a veces impermisible. No tenía él toda la culpa, puesto que la culpa era de los que le habían dejado hacer cuanto le vino en gana para que el niño estuviera contento durante su pasada enfermedad.

Pero como era alegre e inteligente y no le faltaba más que hablar, no dejaban de quererle y de admirarle. Les gustaba mucho a todos ver que comía con limpieza, sin tirar ni una brizna de paja en el mantel, y que se bañaba en el río en el verano; y les divertía verle cómo jugaba al río, dándole con el hocico, y cómo saltaba con Esteban y sus amigos a ver quién batía el record a lo alto y a lo largo. Pero era un burro demasiado sehorito, demasiado mimoso, demasiado cómodo, y en este mundo el que quiera vivir tiene que trabajar, porque no es cosa

(Continuación)

...Y EL LOBO

Dejé pierna y rabo.
El lobo le dice:
«Credible es el caso:
Yo estoy tuerto, cojo,
Y desorejado
Por ciertos mastines,
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El lobo decano,
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo envenados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.

«Que el ciego apetto pueda arrastrar tanto! A los bratos pade! Pero a la humada General CEDOC»

Hermano Médico

cuando fué a sacarse a sí mismo la sangre, que lo curioso es que le había quedado para toda la vida una deliciosa y simpática manera de ser que lo hacía verdaderamente feliz; era como un chiquillo.

Los médicos pueden llegar hasta cosas por el deseo de curar a un enfermo, sobre todo si es un pique. Y no creáis que por eso dejó de llevar el doctor Cucharón su sombrero de copa alta, casi tan alta como la chimenea de un tren antiguo; lo que pasaba es que a veces iba a las cillas con Jesús, y se los metía debajo de la chistera.

Otras veces jugaba al fútbol con los chiquillos de su vecindad, y no tenía inconveniente en poner el sombrero para que hiciera de palo de portería...

(Continuación)